

EL SACERDOCIO

Duras pruebas.

Juan Bosco ordenóse de sacerdote el 5 de junio de 1841, á la edad de veintiseis años. El pastorcillo de Castelnuevo ahora es Don Bosco (1). Aunque le propusieron varios cargos importantes prefirió permanecer en Turín, cerca de su compatriota y director espiritual el sacerdote Don Cafasso, presidente de las conferencias morales y director del Instituto de San Francisco de Asís, á quien manifestaba una veneración y confianza sin límites. Así se entregó enteramente en sus manos, y por su consejo entró en el indicado Instituto, cuyo fin es perfeccionar á los jóvenes sacerdotes en el conocimiento práctico de la moral y en el ejercicio de la predicación. En él sobre todo estudiaba y oraba, lo cual no excluía cierta participación activa en las

(1) *Don* es título piamontés, que sólo en esta región de Italia se da á los sacerdotes, anteponiéndose al apellido y no al nombre como sucede en España y demás países que hablan el castellano. — (Nota del Traductor).

obras de caridad, como visitar á los pobres, hospitales y cárceles.

Don Bosco yendo á prestar sus servicios en la cárcel de Turín, sintió una impresión indecible al ver entre los prisioneros muchos jóvenes y niños. Tan precoz corruptela le llenó de espanto y compasión, observando que apenas comenzada la vida, esos niños, en su deplorable abandono, sólo habían tenido ante los ojos el ejemplo del vicio; que luego delincuentes estaban encerrados como perniciosos á la sociedad, y hechos más corrompidos con la reclusión, tan pronto como salían de allí volvían á entrar reos de nuevas maldades.

Don Bosco vió bien claro todo esto. Así preocupóle desde entonces sin descanso la idea de moralizar á los niños—que pululaban en los suburbios de Turín—apartarlos del abismo del mal y traerlos al conocimiento, amor y servicio de Dios, muerto por ellos, y de quien nadie les hablaba.

Cuando su cabeza y corazón eran agitados por este gran pensamiento, una circunstancia imprevista ó mejor la mano de Dios, le presentó la primera, oveja. Yendo un día á celebrar, encuentra en la sacristía un muchacho, que convidado á ayudar la Misa, se niega á hacerlo, por lo que enfadado el sacristán quiere echarle fuera á golpes; pero Don Bosco afectuosamente le llama á sí y con él entabla el siguiente diálogo:

- ¿Cómo te llamas, mi buen amigo?
- Me llamo Bartolomé Garelli.
- ¿De dónde eres?

- De Asti.
 — ¿Vive tu padre?
 — No.
 — ¿Y tu madre?
 — Tampoco.
 — ¿Cuántos años tienes?
 — Quince.
 — ¿Sabes leer y escribir?
 — No sé nada.
 — ¿Has hecho la primera Comunión?
 — No.
 — ¿Y no vas al Catecismo?
 — No, porque como no sé nada, me daría vergüenza estar entre los demás.
 — ¿Y si yo te enseñara la doctrina cristiana, quisieras aprenderla?
 — Con mucho gusto.

Entonces Don Bosco exclama: ¡Pobres muchachos! Por sí no serían malos, pero se pervierten porque están abandonados, descuidados, solos, ignorantes. Y en el mismo día comenzó por enseñarle á santiguarse y echar la base de una cristiana educación.

— Puede decirse que aquel día nació la Obra Salesiana, esto es, en la hermosa festividad de la Inmaculada Concepción de María Santísima, el 8 de diciembre de 1841.

¡Oh Reina del Cielo! cuán copiosas gracias habéis concedido desde entonces á Don Bosco y á sus hijos!

Es digno de notarse que el primer hijo dado á

Don Bosco por la Providencia fué maltratado á su vista, caso que le arraigó en su alma el convencimiento invencible de que siempre y en todas partes es menester tratar al niño con extrema suavidad y blandura.

Esa caridad, esa ternura exquisita son como la esencia de la Sociedad Salesiana y han puesto el sello en ella.

Muy pronto aquel Catecismo se aumentó. El niño Garelli llevó á muchos compañeros de travesuras, los cuales eran en su mayor parte aprendices de albañilería concertados con empresarios que no tomaban por ellos el menor cuidado; y es cosa singular que ninguno de aquellos niños sufrió desde entonces accidente que lamentar, con ser tan frecuentes en su profesión ruda y peligrosa. A principios de 1842 un centenar de niños hallábase acogido á la sombra de Don Bosco y aprendía los principios de la religión. Reunidos lo más á menudo que era posible asistían á ciertos ejercicios de piedad que — mediante algún esfuerzo en formar un grupo de cantores — fueron de día en día más amenizados. Don Bosco no les escaseaba agradables recreaciones, los iba además á visitar en sus trabajos y, si era menester, les buscaba ocupación.

El Instituto de San Francisco de Asís y su modesta capilla sirviéronles de primer asilo, al cual desde un principio dióle Don Bosco el nombre de *Oratorio*, como indicando que la oración era el único recurso con que contaba; y al mismo tiempo le puso por patrona á la Virgen Santísima.

En 1844, terminados sus estudios en dicho Instituto, Don Bosco debió consagrarse á determinado ministerio; mas quiso, como siempre, sacrificar su voluntad y confiar tan importante decisión á quien consideraba como el intérprete de la voluntad divina, su amado director el sacerdote Don Cafasso. Si hubiera debido dejarse guiar de su propia inclinación habríase dedicado totalmente á la dirección de los niños que tanto amaba; pero llevado por una abnegación absoluta quiso conformarse enteramente á lo que Dios dispusiera.

Después de piadosa oración y maduro examen recomendó Don Cafasso que desempeñara las funciones de director del pequeño hospicio de Santa Filomena y atendiera al Refugio de niñas pobres, fundado por la marquesa Barolo; y aunque estas ocupaciones, pudieran parecer incompatibles con las del Oratorio, fueron por el contrario al desarrollo de éste bien favorables.

El sacerdote Borel, de origen francés, que era á la sazón el director del Refugio, fué para Don Bosco su excelente amigo y un decidido auxiliar. Apenas ambos se conocieron, se amaron y alentaron al trabajo como si su relación datara de muy antiguo.

La pequeña estancia de Don Bosco en el Refugio fué la destinada para acoger á los niños, los cuales no tardaron en pasar de ciento; así es que el local llegó á ser de todo punto insuficiente; que todo lo llenaban los muchachos ocupando aun la escalera y los corredores, y bien se

comprende qué trastorno producirían en la pieza de Don Bosco.

Expuesta esta situación al Ilustrísimo Sr. Franzoni, el digno prelado aprobó y bendijo la Obra, siendo tal recomendación suficiente á que la marquesa Barolo ofreciera al efecto, en el mismo Refugio, dos piezas y una capilla que no estaba todavía acabada de arreglar.

El 8 de diciembre de 1844 Don Bosco rodeado de sus niños dijo allí una primera misa.

La Obra prosperaba con la protección visible de la Divina Providencia; y queriendo entonces Don Bosco ponerla bajo la advocación de un santo que fuera su modelo y patrono, varias circunstancias contribuyeron á que nombrase á San Francisco de Sales. La marquesa Barolo había tenido la intención de fundar una Congregación de religiosos con este título; al efecto había destinado precisamente el local ocupado ahora por el Oratorio y en cuya portada había hecho pintar el retrato del mencionado Santo. Por otra parte desde tiempo atrás había Don Bosco reconocido que la inalterable suavidad y mansedumbre de san Francisco de Sales eran el medio más seguro para ganar el corazón de los niños. Añádese á esto la consideración de que en Turín comenzaban á esparcirse ciertas herejías que amenazaban turbar los espíritus, contra lo cual se creyó muy á propósito el poner la Obra bajo la advocación de aquel Santo. Hé aquí, por qué la gran familia de Don Bosco lleva desde entonces el nombre de *Oratorio de San Francisco de Sales*.

Mas, para perfeccionarse, toda obra debe pasar por pruebas y persecuciones, como que sólo el camino de la cruz conduce á la verdad y á la vida. Esas persecuciones y pruebas son aún más dolorosas cuando las suscitan hombres de bien ó verdaderos cristianos. El mejor de los amigos ¿está acaso exento de veleidades? ¿No vemos á cada paso repetirse la historia de san Pedro que reniega de su Maestro? Veamos, pues, la acción de Don Bosco en las persecuciones de los hombres.

El Oratorio de San Francisco de Sales comenzaba á consolidarse. El Catecismo, el canto, las instrucciones — salpicadas de interesantes relaciones y oportunos ejemplos — y además variados juegos constituían el objeto y atractivo de aquellas reuniones. Había también instituído Don Bosco una escuela que fué en breve muy frecuentada; más estando así las cosas, la marquesa Barolo hubo de reclamar el local que había proporcionado, para darle nuevo destino (julio de 1845).

Don Bosco, con la ayuda del Arzobispo, obtuvo de la Municipalidad el uso de la iglesia de San Martín. Este local no era muy adecuado: era una iglesia de tiempo atrás abandonada, en la cual no se celebraba misa, y contiguo á ella no había más lugar de recreación que una pequeña plaza pública á la que daba frente.

Con todo, el Oratorio fué trasladado allí. Hé aquí las memorables palabras pronunciadas en tales circunstancias por el Sr. Borel: «Hijos míos, las coles no engruesan ni dan lozanas flores si no

se trasplantan; para ventaja nuestra somos, pues, trasplantados acá.» Como se ve la adversa suerte era aceptada con buen ánimo.

Fácil es imaginar el bullicio que producirían ciento cincuenta niños durante sus recreos; así que los moradores de las casas vecinas á la plaza que llenaban aquellos muchachos no tardaron en quejarse de la algazara, y en consecuencia Don Bosco fué advertido por el Alcalde de buscar otro sitio. La Municipalidad, sin embargo, no era hostil á esta Obra y aun miraba con interés el establecimiento de la escuela para obreros; por esto no tuvo dificultad en concederle la traslación á la iglesia de San Pedro ad Víncula.

Junto á esta iglesia, que nada dejaba que desear para el servicio del culto, había un vasto patio muy á propósito para las recreaciones de los escolares, como también un espacioso vestíbulo que podía servir de sala de estudio y con todas las comodidades posibles; pero al día siguiente el rector parroquial, molestado con la vocinglería de los muchachos y temiendo perder la tranquilidad en que allí vivía, elevó querellas tan amargas que al punto retiróse el permiso concedido.

El Oratorio, sin poder reunirse en el aposento de Don Bosco, durante dos meses, funcionaba al aire libre.

Los domingos y fiestas los niños en considerable número acudían entusiastas á Don Bosco, quien, como nuevo Moisés, conducía su pequeño pueblo ya á una ya á otra iglesia donde les decía la misa.

Iba cada uno provisto de modesta refección; y si era sobrio el alimento, el apetito era incomparable. Después de un breve almuerzo hacíase á campo raso la instrucción del catecismo. En la tarde andaban á pasear, entonaban alegres cánticos y volvíanse á la ciudad esperando que se les proporcionase el ambicionado abrigo, que era para ellos como la tierra prometida.

Esta vida, un tanto poética considerada desde cierto punto de vista, no podía continuar en el invierno, por lo que al llegar esta estación Don Bosco hubo de tomar en arriendo tres piezas en la casa de Moretta, situada casi al frente del lugar que ahora ocupa la iglesia de María Auxiliadora.

Mas no debía aún llegar el tiempo de paz é iban á continuar los reveses. El Alcalde de Turín, el marqués de Cavour, creyó ver en esas inocentes reuniones un propósito político y una amenaza para el Estado; por tanto quiso suprimirlas, y Don Bosco necesitó emplear toda energía para vencer las dificultades que le ofreció.

Además parte del Clero de la ciudad se le mostró adverso; no miraba bien que tal Obra fuera ajena á su participación, y alegaba que con ella se retiraba á los niños de las iglesias parroquiales. La respuesta á tales quejas era sencilla: casi todos los niños eran forasteros, sin techo, ni hogar, que en consecuencia no pertenecían á parroquia alguna y era grande obra de caridad recogerlos de la calle. Arreglada esta mala inteligencia, sucedió que los arrendatarios de la casa de Moretta se quejaron

con tanta insistencia del alboroto causado por los niños que el propietario los hubo de despedir en el acto y sin contemplaciones.

Era en la primavera de 1846, tiempo hermoso en que la naturaleza renace con todas sus flores. Nuestro buen Dios, dijo entre sí Don Bosco, no cuidará menos de mis pobres niños que de los ruiñones y golondrinas; va, pues, de acá para allá, como anda el pájaro revoloteando por la pradera, buscando donde hacer su nido, y como no hallara una casa, alquiló un prado. Así el *Oratorio* en sus principios nos recuerda á Nuestro Señor Jesucristo, cuando seguido de sus discípulos é innumerable muchedumbre—sin tener más abrigo que el cielo tachonado de estrellas—recorría las provincias de Judea.

Los domingos llegaban los niños temprano á confesarse con *su padre*: aquellas confesiones de la familia salesiana tenían en verdad la simplicidad encantadora del afecto recíproco de padre é hijos. Sentado el sacerdote tiene abrazado y estrecho á su corazón al pequeño penitente arrodillado á sus pies: ¡Ah! ¡cuán dulce y fácil es así confesar las faltas!

No había allí ni una silla, ni un banco, ni menos una campana; pero á falta de ésta, habíanse hallado—no se sabe donde—un tambor y una corneta, que habrían embelesado á un anticuario, y servían para reunir al joven batallón. Apenas puede concebirse establecimiento más humilde; mas ¿quién podrá referir todo el bien hecho allí?

las tiernas y conmovedoras alocuciones que penetraban en lo íntimo del alma de los niños? las candorosas y fervientes plegarias que al cielo subían de los corazones de éstos?

Oída la misa en una iglesia vecina, se tomaba en seguida, del modo posible, un desayuno, y luego, en el prado de Valdocco, se alternaban los animados juegos con las saludables instrucciones y ejercicios de piedad.

¿Quién lo creyera? Aun de ese prado debía retirarse Don Bosco, dado que los propietarios expulsaron que las carreras de los niños destruían hasta las raíces de las yerbas, y los expulsaron.

Al mismo tiempo, como para que se manifestase cuán vano es el apoyo de los hombres, Don Bosco perdió el puesto de director en el Instituto de la marquesa Barolo y con él los emolumentos que constituían todo su caudal. En tal extremo sus amigos — entre ellos el Sr. Borel — aconsejaronle renunciar á la paternidad de esos niños. Conservad á lo sumo una veintena, le dijeron, y despedid á los demás; querer ampararlos á todos es pretender un imposible. La Providencia misma parece indicaros que debéis renunciar á vuestra obra.

¡La Divina Providencia!—respondió Don Bosco, elevando las manos al cielo, á la vez que en sus ojos brillaba toda la fe de su alma—ella es quien me ha enviado estos niños y yo os aseguro que no rechazaré ni uno solo. Tengo la certidumbre de que Dios me proporcionará todo lo necesario, y

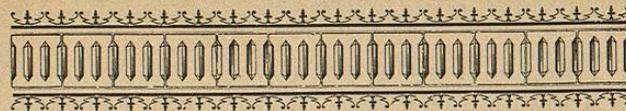
puesto que nadie quiere arrendarme un local, con la ayuda de María Auxiliadora, levantaré un edificio, con espaciosas salas capaces de recibir á cuantos niños se presenten, con talleres de todo género donde aprendan oficio según sus disposiciones, con patios y jardines en los cuales se recreen; tendrán además una iglesia y sacerdotes que los instruyan y cultiven con esmero la vocación religiosa de aquellos en quienes se manifieste.

Creyóse entonces que Don Bosco padecía de cierta perturbación mental, afirmándose en todos esta convicción al oírle los minuciosos detalles que voluntariamente daba al hablar del *Oratorio*, cuyo plan evidentemente existía en su cabeza, pues hacía la descripción del templo, de los talleres y dormitorios, de las salas de estudio, patios y jardines, todo con tan vastas proporciones, y cuando era tan absoluta su carencia de recursos que la alucinación parecía indudable. En consecuencia se le miró como á un pobre loco digno de lástima; hasta sus mejores amigos se le retiraron, y no faltó quien quisiera encerrarle en un manicomio.

Ya veremos lo ocurrido con respecto á esta tentativa que sólo sirvió para llenar de confusión á los que la proyectaron.

Despedido Don Bosco del Refugio de la marquesa Barolo, de las iglesias de San Martín y San Pedro ad Víncula y del prado, sucedió que estando un día á la mesa con los señores presbíteros Borel y Pacchiotti, mientras allí se leía la vida de San Felipe Neri, acertó á referirse cómo no tar-

daban en morir los que perseguían á este Santo, y pues igual cosa acababa de ocurrir con los que habían hostilizado á Don Bosco el Sr. Borel y el Sr. Pacchiotti afirmáronse en la resolución de continuar ayudando á este providencial sacerdote.



EL COBERTIZO DE VALDOCCO

Llegó el día en que los niños se reunieron por última vez en el prado consabido. Al siguiente debía recibirlo el propietario y aún no se podía advertir á aquellos donde debían congregarse el domingo próximo. Fué esto para Don Bosco como una estación en el Jardín de los Olivos. Triste era su fisonomía y sus ojos parecían arrasados en lágrimas. Prosternado en tierra, oyéronle los suyos exclamar: «¡Dios mío, hágase vuestra santa voluntad! ¿Abandonaréis por ventura á estos pobres huérfanos? Inspiradme lo que deba hacer para proporcionarles un asilo.»

Apenas había concluído esta plegaria, cuando se le presenta un hombre llamado Pancracio Soave.

— Señor, ¿buscáis un laboratorio? le pregunta.

— No un laboratorio sino un Oratorio.

— Lo mismo es; podéis darlo por hecho. Mi compadre Pinardi, excelente hombre, ofrece en arriendo un magnífico cobertizo, á propósito para lo que queréis.